

Formas de violencia en una comunidad campesina de los Andes colombianos

por **Natalia Otero**¹

Álvarez, Santiago

Leviatán y sus lobos. Violencia y poder en una comunidad de los Andes Colombianos

Bogotá, Ediciones USTA, 2013, 320 pp.

ISBN 978-958-631-796-2

Esta es la segunda vez que tengo el placer de escribir algo en relación al libro de Santiago Álvarez, *Leviatán y sus lobos*. La primera fue para su presentación en el Instituto de Desarrollo Económico y Social-IDES (Buenos Aires, Argentina) en el año 2004 y ahora al ser reeditado (2013). En esta oportunidad, también he tenido la posibilidad de tomar distancia y “exotizar” un fenómeno que de una u otra forma no había podido desnaturalizar del todo, a pesar de llevar 18 años fuera de Colombia.

Este libro, su tesis de doctorado, es el resultado de 15 meses de trabajo de campo etnográfico entre los años 1994 y 1995 en la región del Sumapaz colombiano. En sus páginas, nos encontramos en un momento de la historia colombiana con formas particulares a través de las cuales se piensa y expresa la violencia, fenómeno que hace más de

¹ Magíster en Antropología Social (UNAM). Profesora de la Maestría en Desarrollo Rural, UNaM / INTA.

50 años ha sido arraigado y naturalizado por los colombianos y del cual solemos hablar como si fuera un ente con vida propia que ha azotado al país históricamente. Sin embargo, el autor nos muestra que son múltiples los tipos de violencia que en Colombia han tomado forma de la mano de diferentes actores y que se han ido adecuando a la diversidad sociocultural del país.

Así como señalaba durante la presentación del libro en el año 2004, el periodo de tiempo en que se desarrolla el trabajo de campo en una ciudad a la que denominó Nόμεque en el departamento de Cundinamarca, lo asocio con una etapa de transición en dos sentidos. El primero relacionado con un desvanecimiento de los límites de las denominadas “zonas rojas”, áreas de influencia y de acción de la guerrilla y las grandes urbes en donde la cotidianidad transcurría con su puesta calma a pesar de ser escenarios de otros tipos de violencia: doméstica, la delincuencia, etc. El segundo, con la entrada y visibilidad de otros agentes sociales, los paramilitares, momento a partir del cual la denominada violencia política adquirió una escalada sin precedentes en la historia colombiana.

En el Prólogo a la Segunda Edición, Álvarez señala que al regresar al campo en el año 2004,

... los paramilitares se habían convertido en un actor político central en la zona. Con la utilización de “listas negras” y el asesinato de aquellos que no abandonaron el área habían logrado “limpiar” la zona y conseguir que la presencia guerrillera decayera notablemente (p. 9).

Este pueblo de Cundinamarca, a cien kilómetros de Bogotá, es una zona de minifundios, resultado de importantes luchas campesinas por la tierra a mediados del siglo XX. En esta región montañosa de páramos y rancheras, conviven campesinos ricos y pobres, comerciantes, empleados municipales, ejército, policía, guerrilla y narcotraficantes. Estos últimos, de origen campesino, vinculados en esa época con los capos del narcotráfico colombiano.

En Nόμεque la palabra violencia no suele emplearse en la vida cotidiana a pesar de ser parte de las memorias de las luchas campesinas, del periodo denominado “La Violencia” y de hacerse cuerpo en las formas particulares de “hacer justicia” o al interior de los propios hogares. Si bien la clase terrateniente desapareció con la reforma agraria, se siguen produciendo y reproduciendo ideas jerárquicas vinculadas con la masculinidad.

El libro está organizado en nueve capítulos a través de los cuales Santiago analiza la constitución, dinámicas y significados de los tipos de violencia en este pueblo del Sumapaz colombiano. Al empezar, el autor desarrolla su análisis sobre la interrelación entre la violencia interna y externa, análisis que va a enriquecerse en los capítulos siguientes y hace

una aproximación a la historia de la región del Sumapaz. En los primeros capítulos expone e interpreta finamente, lo que ha denominado “violencia interna”. Para esto se centra en los conflictos intrafamiliares y entre familias, sus valores y representaciones. En los otros capítulos, hace lo mismo pero a un nivel macro y describe y analiza sistemas más amplios conformados por actores con incidencia a nivel nacional. Me refiero particularmente a guerrilla (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-FARC), los narcos y representantes del Estado colombiano. No obstante, estos dos grandes ejes que se van encontrando a medida que se avanza en su lectura y luego en las conclusiones finales. En cada una de sus páginas el argumento adquiere profundidad a partir de la articulación cuidadosa entre los datos etnográficos y la teoría y una interesante discusión con investigaciones² sobre la violencia que se han realizado en el país y en la región andina.

El enfoque del autor es novedoso por cuanto permite aproximarse a la violencia desde perspectivas que hasta ese momento no se habían tenido en cuenta. Por un lado, se desprende de la perspectiva étnica, cuestión que deja en claro desde el momento mismo en que explicita que trabajó con una comunidad campesina y mestiza. Por el otro, analiza en profundidad las formas a través de las cuales los diferentes tipos de violencia se retroalimentan y se sustentan en la idea de “masculinidades agresivas” a través de las cuales se creaban “jerarquías y diferencias sociales”.

El libro está organizado en nueve capítulos. Pero para esta reseña he decidido agruparlos en dos grandes ejes que corresponden a lo que el autor denomina “violencia interna” y “violencia externa”.

Masculinidad, vendettas, mujeres y tierra: la violencia interna

Del capítulo tres al quinto, Santiago describe y analiza la organización social desde el ámbito familiar y su construcción sobre lo que denomina dos sistemas: el “patronazgo” que es dominante y el “madrazgo”, marginal. El primero deviene de la época de la conquista, está constituido

2 Entre los autores menciono: Gose, Peter (1994) “Embodied Violence: Racial Identity and the Semiotics of Property” en Huaquirca, Antabamba (Apurímac), *Unruly Order: Violence, Power, and Cultural Identity in the High Provinces of Southern Peru*, editado por Deborah Poole, Boulder, San Francisco, Oxford: West view Press. Molano; Alfredo (1992), “Violence and Land Colonization” en *Violence in Colombia, The Contemporary Crisis in Historical Perspective*, editado por Charles Bergquist, Ricardo Penaranda y Gonzalo Sánchez, Delaware: SR books. Pecaut, Daniel (1987), *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, Bogotá: Cerec-Siglo XXI. Taussig, Michael (1984): “Culture of Terror, Space of Death: Roger Casement’s Putumayo Report and the Explanation of Torture” en *Comparative Studies in Society and History* 26: 467-97.

por valores y prácticas que después de la independencia de España se actualizaron en el sistema de haciendas, cuya autoridad era el patrón. Éste se caracteriza por ser jerárquico, verticalista y tradicional centrado en representaciones sobre la masculinidad; una “masculinidad” que debe ser “completa”: por una parte, hombres poderosos que ejercen poder en la vida cotidiana, sobre su mujer, sus hijos y sobre la tierra. Por otra, hombres que en el espacio público se muestran independientes, fuertes y realizan actividades tales como beber con sus amigos que hacen a esa construcción de masculinidad.

Este sistema opera, sobre todo, entre las familias con mayores recursos económicos y en las redes de relaciones establecidas entre los narcos y la población campesina. El segundo sistema caracteriza a familias de sectores campesinos empobrecidos, está centrado en la figura femenina y remite a un “conjunto de valores de resistencia”, a prácticas de igualdad y de solidaridad social.

La tensión que se genera entre estos dos sistemas y la construcción de la masculinidad genera no solo violencia intrafamiliar sino también violencia entre familias. Las denominadas vendetas, “formas de imponer justicia por mano propia” por asuntos de tierras, mujeres o cuestiones políticas suelen terminar en este pueblo con la eliminación física de los hombres. En estos conflictos solamente pueden llegar a mediar la guerrilla para evitar que se resuelvan a través de la violencia física y simbólica. Estas diferentes formas de violencia, de acuerdo con el autor, van a incidir en la construcción de “fronteras sociales” así como también de “solidaridades” que hacen parte de la organización y dinámica social de la población.

Del ámbito micro centrado en la familia y las relaciones sociales, el autor analiza en los últimos capítulos la violencia construida a partir de la presencia de agentes externos a la comunidad. Esa violencia va adquiriendo diferentes formas dependiendo de los actores involucrados: guerrilla, narcotraficantes y Estado.

Guerrilla, Narcos y Estado: Violencia externa

La guerrilla, los narcos y el ejército son fuerzas antagónicas entre sí, ocupan lugares diferenciados en Nómeque y son representados por su población también de diferentes maneras. Lugares y representaciones que se manifiestan en estos capítulos a partir de las voces de los pobladores y de descripciones de situaciones particulares.

Los guerrilleros denominados localmente como “los muchachos” tenían una fuerte presencia en la zona. Eran respetados y gozaban del cariño de la mayoría de los pobladores por el rol que desempeñaban en la

localidad. La guerrilla se encargaba de proteger los derechos de los campesinos en relación con la tierra y eran los mediadores en las vendetas entre familias. Ellos asumieron el rol de un Estado que los nomequeños consideraban ausente. La guerrilla representaba valores de solidaridad e igualdad y la conexión con un pasado de luchas campesinas contra los grandes terratenientes.

Los narcos de origen campesino, a través de la violencia adquirieron poder, riqueza y tierras que pertenecieron a grandes terratenientes, y establecieron relaciones sustentadas en el sistema de patronazgo, de subordinación y dependencia con los campesinos. De acuerdo con lo que plantea el autor, estos eran campesinos que. Los narcos en la época en que se realizó la investigación, eran para los hombres del pueblo el ideal de masculinidad y representaban la figura del patrón.

El Estado, de acuerdo con las descripciones y los relatos, estaba fragmentado y era débil. Sus instituciones y fuerzas públicas en vez de respaldar a los campesinos generaban situaciones en las cuales se sentían amenazados y violentados en sus derechos como ciudadanos. Es interesante cómo en las representaciones de las personas que entrevista Santiago se vislumbra una diferencia importante entre lo que es la nación y lo que es el Estado. La primera es la patria con la cual se identifican y considera que debe ser protegida. El segundo está formado por instituciones fragmentadas, poco confiables y poco justas y solidarias.

Estas tres fuerzas ejercían diferentes tipos de violencia en su lucha por el poder, por el control del orden social. Violencias que son legítimas o temidas y condenadas por los campesinos.

A modo de cierre

Este libro es el resultado de un trabajo etnográfico intensivo en una zona que durante años fue, en el imaginario de los colombianos, “zona roja” a partir del cual el autor da cuenta de forma minuciosa y detallada de la persistencia y reproducción de la denominada “violencia endémica” en Colombia.

El “estar allá”, en el campo durante tantos meses le permitió agudizar su mirada y su atención al participar de la vida cotidiana de la comunidad de Námeque y acceder a información rica e interesante para entender las dinámicas que se generan entre procesos micro y macro que hacen a las violencias en este país. Violencias, que son para este caso en particular, flexibles y transformativas así como la gente y la cultura que la materializa. En este pequeño pueblo, desde sus particularidades –tal como ocurre en otros lugares de Colombia– la violencia se construye, se reorganiza y se negocia entre los diferentes agentes involucrados.

Un lugar que como en otras zonas del país, sufrió cambios importantes con la visibilidad y la violencia ejercida por otras fuerzas. Para el año 2004 al volver Santiago al terreno, Nómeque continuaba siendo una sociedad patriarcal, sustentada en el sistema de patronazgo. No obstante, se había modificado la relación de fuerzas que imperaba hasta el momento así como sus protagonistas. La guerrilla había disminuido considerablemente con la presencia de los grupos paramilitares y estos últimos habían “impuesto el lenguaje del terror en la zona”. Muchos de sus informantes se habían ido del pueblo y algunos del país por temor a ser asesinados por estos. De ser una población en la cual diferentes formas de violencia se reproducían y en esos procesos el “discurso del terror” era detentado por los diferentes protagonistas, se había transformado en un “monopolio de la violencia y del discurso del terror”. De estos cambios el autor da cuenta en el Prólogo de esta segunda edición del libro.

Recibido: 3/7/2014

Aceptado: 1/9/2014